

Matías Mendez - Checkpoint 2025

Mi trabajo previo a Can Serrat fueron libros que pensaban la forma, la métrica, la rima, el verso libre. Llegué a Can Serrat sin ningún proyecto específico. Tenía distintas ideas que quería trabajar. Temáticamente, en los últimos libros de poesía, trabajé sobre el futuro y la identidad: maneras de pensar la forma también como algo concreto, pensando los contrastes entre nitidez y opacidad, el pesimismo y la fe, el individualismo y lo comunitario.

Con estas ideas me propuse pensar en los Racons y en los workshops qué ideas de futuro tenían el resto de los residentes. Un poco bloqueado, la visita de Clara Garí Aguilera me ayudó a entender que tenía que escribir sin estructurar tanto previamente. Me propuso una nueva forma de arrancar un proyecto, distinta a la que suelo tener para pensar conceptualmente un libro. Sin tanta investigación, comencé a practicar escritura automática, escritura de sueños y diario. También a tomar notas de las voces de los demás, las diferentes lenguas, tonos, ideas. Con las entradas que escribía cada día, pensaba nuevos poemas. Eran la traducción de una traducción de una traducción.

Procesando el viaje fuera de mi país natal, mi primer viaje tan largo y tan lejos, y otros cambios recientes, titulé al proyecto “Una nave me lleva hacia mi casa”. También esto me hizo pensar en la ciencia ficción. Trabajar, por ejemplo, poemas sobre utopías. ¿Qué puede el lenguaje hacer para inventar nuevos mundos? ¿Cómo puede la poesía introducirse en un género fantástico o de ciencia ficción? ¿Puede la poesía militar lo que viene?

LA FORMA DE LAS COSAS QUE VIENEN

El movimiento

La mano de Ana afuera de la ventanilla.
En contra del viento.
Las piedras sobre el techo para que la casa no se vuele.
La ciudad apenas iluminada.
Ilaría se quiebra un diente al masticar.
Se desprende una roca de la montaña.
La historia que rima.
Haydeé quería extraer a las personas de la radio.
Desarmo el paisaje para ver qué sale.
Vi una fuente de agua y no sentí nada.
Franco duerme apoyado en mi hombro.
Ahí es cuando siento más cosas.

En cada curva el micro destartado dobla con precisión.
Suenan algo que viene de lejos: el sonido de la piedra y su sombra.
Una niña va en la espalda de otra.
Va a tener mi altura en diez años.
Me gusta más que antes el cuerpo que me forma.
Esto me dice Sophia.
Lo quiero porque me trajo hasta acá.
También le dice *picuras* a las picaduras y trigo atómico a las tutucas.
Las comemos mirando el pueblo desde arriba a través de la ventanilla.
Las casas parecen una falla de la montaña.
Mientras el micro se mueve nadie espera nada de mí.
Viendo cómo los pastizales se prenden fuego, soy un pasajero.
Miro las formas, me muevo sin moverme.
Algo nuevo empieza todo el tiempo.

Ciruelas

Lo que crece demasiado rápido corre el riesgo de romperse.
Se estra y empaña como vidrio y vapor.
La ciruela cae sola.
Cuando cocino apurado, el pan se quema.
Sol me pregunta por el apego.
El olor a curry queda impregnado en los dedos.
De cara a la luz: para alimentarme, tengo paciencia.
Es temporada de ciruelas.
Yo también me crié al sol, crecí de a gotas.
Estoy a la sombra de mi madre.
Ojalá el temporal no la tumbe.
No me desprendo si no crezco, no crezco si me desprendo.
Confundo la palabra patria con partida.
Tanto quiero esto como lo otro.
La mano que arranca, el vértigo al caer.
La pulpa se ablanda y queda en la dureza del carozo.